

Los jardines y la génesis de un paisaje urbano a través de la documentación gráfica: El Albayzín de Granada

José Tito Rojo

*Jardín Botánico de la
Universidad de Granada*

Manuel Casares Porcel

*Dpto. Biología Vegetal.
Universidad de Granada*

Las ciudades son el resultado de complejos fenómenos económicos, sociales, políticos y culturales que interaccionan en el territorio a lo largo del tiempo; son pues resultado de la historia. La lógica de esos fenómenos permite que en contextos afines, en ciudades fruto de una misma "civilización", con pautas históricas similares, su paisaje urbano sea, a grandes rasgos, similar. Son las mismas razones que explican que las principales capitales europeas sufrieran en el siglo XIX transformaciones paralelas en su estructura de uso del territorio y en su trazado (Debié, 1992) y las mismas que hacen que las ciudades europeas presenten similares relaciones entre su núcleo, sus alrededores y los campos, y que se inserten en la actualidad en un similar proceso de metropolización (Mumford, 1965), eso que en términos más radicales denominan determinados geógrafos megapolización (Le Dantec, 1996, p. 425).

naturales" que en Europa hay que entender como fruto de una milenaria utilización de los recursos (tala, rotulación, quema, pastoreo, repoblación, selección, limpieza...), que alcanza no sólo a los bosques periurbanos si no también a las masas forestales y a las praderas de las más altas cumbres.

De los paisajes urbanos españoles, pocos sorprenden más por su carácter insólito que el de los barrios históricos granadinos, y especialmente el del Albayzín, que visto desde la Alhambra aparece como un paisaje de reminiscencias rurales, con pequeñas casas de color blanco y amplia presencia de vegetación en la cual el ciprés ocupa sin duda el papel predominante. Paisaje urbano que, desaparecidas en las últimas décadas de este siglo las posibilidades de recuperar las panorámicas granadinas que se establecieron en el siglo XVI (Marqués Garcés, 1989), queda como si fuera la reliquia de un paisaje histórico congelado en el tiempo. El mismo paisaje que captó en brillantes imágenes el pintor Manuel Ángeles Ortiz jugando con las múltiples posibilidades que da el rompecabezas del fondo blanco de las casas, la horizontal roja de los tejados y el verde vertical de los cipreses. Era, brillante, la esencia de ese paisaje consolidado. Su fortaleza visual, repetida en mil ocasiones, aparece estática, como si no cambiara, como si siempre hubiera sido así.

Sin embargo esto no es cierto. Esa sensación que permite ver el paisaje del Albayzín como si se mantuviera intacto desde hace siglos es fruto de una tendencia a ver el verde con ojos acostumbrados a valorar las obras realizadas con materiales inertes. Cuando Manuel Ángeles Ortiz mira ese panorama está mirando un paisaje joven, apenas recién establecido. La imagen actual del Albayzín, y en gran medida la imagen actual de otros barrios históricos de las colinas de la ciudad, la Churra, el Mauror, la Antequeruela, es el resultado reciente de una evolución urbana compleja, fruto de una curiosísima deriva histórica que alcanzó el estado que hoy vemos en las primeras décadas de este siglo, en un proceso que no podemos dar por cerrado y del que, aún en estos últimos años, hay poderosas manifestaciones.



El Albayzín desde la Alhambra, hoy. Un paisaje histórico consolidado.

En ese contexto general cada ciudad presenta su peculiar paisaje urbano, su peculiar configuración espacial, la concreta interacción entre territorio, edificaciones y naturaleza, comprendiendo en este último término la humanizada naturaleza realmente existente, los parques, los jardines públicos y privados, los campos cultivados e incluso los "espacios

Tal como lo conocemos hoy, el paisaje del Albayzín es un producto reciente, originado en las primeras décadas del siglo XX. En su evolución han sido fundamentales las oposiciones entre casas y cultivos y entre huertos y jardines, siendo su forma actual consecuencia peculiar historia urbana de los antiguos barrios islámicos granadinos.

En ese proceso ha sido determinante una estructura jardinera particular, los cármenes. Que es insólita porque, a diferencia de la mayoría de los retiros de placer frecuentes en el área mediterránea, no se establecen hoy en las afueras de la ciudad si no que lo hacen en su mismo centro histórico. La evolución del paisaje del Albayzín ha ido de la mano del cambio de ubicación de (la mayoría de) los cármenes, desde las afueras de la ciudad a su interior; y de su cambio de uso, de huertos a jardines, lo que ha ocurrido como consecuencia de la *ruralización* del barrio, que quedó convertido en campo de ruínas y solares tras la expulsión de los moriscos¹ y su posterior (*re*)urbanización. El proceso ha sido estudiado por nosotros en diversas ocasiones atendiendo a diversos estudios parciales y a documentos muy variados, literarios, legales y gráficos².

En las páginas que continúan vamos a atender como la evolución de esas fincas granadinas ha significado la creación de un paisaje urbano, y lo haremos valiéndonos (casi) exclusivamente de documentos gráficos -grabados, cuadros, dibujos y fotografías- que siglo a siglo nos permiten ver como los cármenes, al ir evolucionando en su ubicación, en su uso y en sus formas, fueron cambiando el paisaje de la ciudad. Nuestro acercamiento se centrará igualmente en un aspecto concreto, el determinado por la presencia de elementos vegetales, siguiendo el proceso que ha hecho pasar de la medina árabe apiñada de casas y prácticamente privada de espacios verdes al actual conjunto en que casas y jardines coexisten en una forma que difícilmente encontramos en ningún casco antiguo de las ciudades europeas. Sólo tangencialmente aludiremos a lo relacionado con el carácter de las construcciones -viviendas, mezquitas-iglesias, murallas-, que también han cambiado con el tiempo, incluso en un elemento tan importante paisajísticamente como su color; que en el pasado no era como hoy exclusivamente blanco (Gallego Roca, 1996, pp. 221-222).

El uso del material gráfico no es un elección azarosa. Nuestra experiencia en el estudio de jardines históricos nos demuestra como la imagen, sobre todo la fotográfica, aporta información que en los docu-

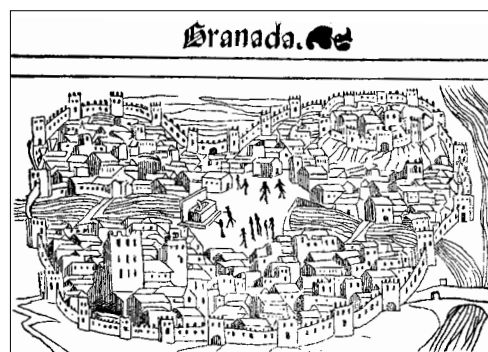
mentos escritos suele estar ausente. Los textos legales no entran a detallar las formas de los cultivos ornamentales, a veces ni señalan su presencia; los literarios suelen ser imprecisos y en la mayoría de las ocasiones se someten más a los hábitos de los ejercicios retóricos que a la fidelidad descriptiva del objeto-jardín. Característica esta última que en gran medida comparten las imágenes no fotográficas -dibujos, grabados, cuadros-, que necesitan ser contrastadas con los textos para calibrar su cercanía a la realidad del modelo.

Un prólogo sin imágenes: el Albayzín en época árabe

La ciudad árabe de Granada crece a partir del núcleo alto de la colina del Albayzín, desde allí se extiende alcanzando los terrenos de la vega y parte de las colinas adyacentes. Era una ciudad apiñada de casas, sobre todo en las etapas finales de la ocupación musulmana en las que Granada recibía oleadas de nuevos habitantes huidos del avance de las tropas cristianas. Cuando Jerónimo Münzer conoció la ciudad, dos años después de la conquista, nos dejó un vivo retrato de su paisaje, con casas pequeñas de forma que "debe advertirse que una casa de cristianos ocupa más lugar que cuatro o cinco de moros, las cuales son tan intrincadas y laberínticas, que parecen nidos de golondrinas" (1924, p. 95).

Todos los datos que tenemos nos hablan de un Albayzín en el que huertos y jardines se reducían a las posesiones de la nobleza, destacaban por su tamaño la huerta anexa al Palacio de Daralhora, que pasó a propiedad del Convento de Santa Isabel la Real, y la cercana que pasaría al Marqués de Zenete y que sería luego del Hospital de la Tiña. Ambas son repetidamente nombradas en los documentos cristianos que recogían los derechos de agua de tiempo árabe³. Aún así esa visión de un Albayzín desprovisto de vegetación debe matizarse en el sentido de que, como el mismo Münzer recogía, "también hay moros ricos que poseen casas espléndidas con patios, jardines, agua corriente y otras lujosas comodidades" (1924, p. 96). La falda de la colina del barrio,

Granada. Xilografía del "Libro de las Grandezas y Cosas Memorables de España" de Pedro de Medina (1548). El Albayzín, esquemáticamente representado, no muestra signos de vegetación entre las viviendas.



"Granada". Parcial de la panorámica desde el sudeste. Grabado de G. Hoegnagius, fechado 1565, para el "Civitatis Orbis Terrarum". Entre el apiñado caserío del Albayzín el autor recoge la presencia de algunos rodales de cultivos arbóreos.

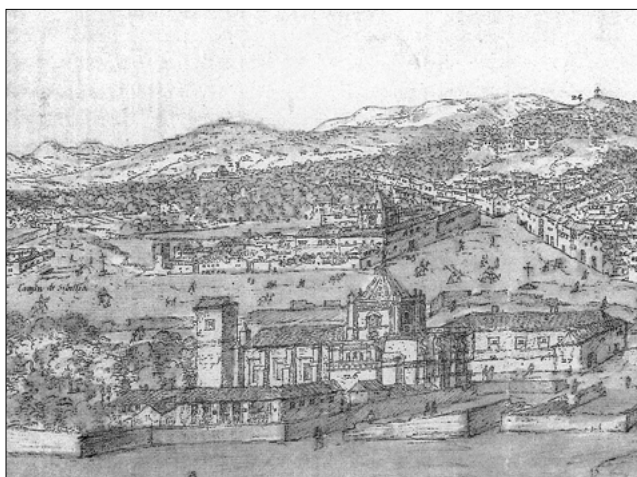
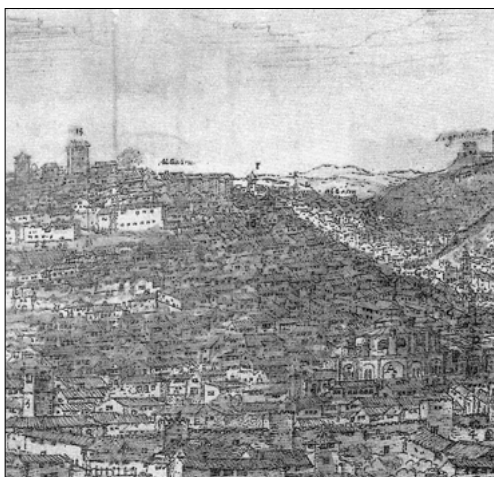
que hasta finales del siglo XIX no fue asimilada al término Albayzín, sí tenía mayor presencia de jardines, el barrio árabe de Haxaris, que corría paralelo al Darro desde el Bañuelo a la puerta de Guadix y que subía hasta la calle San Juan de los Reyes (Seco de Lucena Paredes, 1975, p. 130).

Así pues en tiempo árabe los huertos y jardines se encontraban no dentro sino fuera de la ciudad, siendo muy escasos los lugares intramuros donde los había, en el ya nombrado Haxaris, y, al otro extremo de la ciudad, en el Neched y el Naid, arrabales ambos de las colinas del sur, en los alrededores de la Alhambra.

Los más famosos de aquellos huertos y jardines eran los cármenes, fincas de recreo que se encontraban agrupadas en los alrededores de la ciudad y que tomaban su nombre del término *karm*, común a todos los viñedos de al-Andalus, fueran o no utilizados como retiros de placer. Los más nombrados

eran los regados por la acequia de Ainadamar y los del valle del Darro. Mientras los de Aynadamar no eran visibles desde la Alhambra, sí lo eran los del Darro, situados en una estrecha franja de terreno que se alargaba entre el camino alto de Guadix, hoy Camino del Sacromonte, y el río Darro, extendiéndose desde las murallas de la ciudad que subían por la Cuesta del Chapiz hacia Jesús del Valle por ambas riberas. Vivían la mayoría de estos cármenes del agua que les aportaba la acequia del Darro (*Ciquia Axares*, o de los Egidos) que regaba, tras pasar por ellos, los jardines y huertos de Haxaris. El polígrafo Ibn al-Jatib nos habla de este lugar al glosar sobre el Darro: "... desciende de una montaña cercana a Guadix, al E. del Soleir, y después de haber atravesado jardines, campos y viñedos llega a la ciudad" (Gallgo Burín, p. 73).

Así pues el paisaje del Albayzín árabe visto desde la Alhambra presentaría una densa concentración de casas entre las que se entremezclaría algún árbol de



patio o casa noble y con algunas, escasas, huertas de la nobleza que, plantadas principalmente de frutales apenas dejarían ver sus copas sobre lo alto de las tapias. Aparecería enmarcado abajo por los vergeles de Haxaris y limitando con el fértil valle del Darro sembrado de cármenes con casas y cultivos de frutales y hortalizas entre los que habría lugar para algún aparato jardinero, fuentes, estanques de riego tratados ornamentalmente, cuadros de flores y pérgolas de parras.

De esta época carecemos de imágenes de la ciudad y las que hay inmediatamente después de la conquista, aunque útiles para conocer de forma global el paisaje urbano granadino, son, bien por su carácter extremadamente esquemático o por su escasa fidelidad, poco útiles para el objetivo de nuestro estudio.

Sobre ese paisaje así conformado al final de la época árabe intervendría el tiempo transformándolo, lo que empezó a ocurrir en el mismo siglo XVI.

El paisaje del Albayzín morisco

Tanto el siglo XVI como el comienzo del XVII fueron en Granada especialmente ricos en imágenes. Diversos factores lo motivaron, entre ellos la notoriedad de la ciudad recién tomada, cuyas excelencias asombraron a los conquistadores y el ser sede de la corte en algún momento, incluso con la esperanza, rápidamente truncada, de ser capital del Imperio. A estas razones se sumó más tarde la puesta en servicio del grabado a favor del montaje ideológico generado alrededor de los "hallazgos" religiosos de la Torre Turpiana y el Sacromonte.

Dos características dividen claramente esas imágenes, de un lado lo temporal, el estar situadas antes o después de la expulsión de los moriscos que, tras 1571, dejó los barrios históricos, el Albayzín sobre todo, convertidos en campo de ruinas; de otro la vocación del dibujo, el proponerse como reflejo simbólico, en general apologetico, o el pretender ser fiel trasunto de la realidad dibujada.

El primer bloque lo constituyen imágenes idealizadas anteriores a 1571. En algunas apenas se transmite la existencia de colinas, la presencia de las alcazabas árabes y la vega con sus ríos. Pertenecen a este tipo conocidas representaciones muy tempranas como el tapiz de la batalla de la Higuera en el Escorial, el dibujillo que acompaña el texto de Pedro de Medina, el paisaje de fondo de la Virgen de la Rosa o la talla de la sillería del coro de Toledo. Pocos datos útiles para nuestro estudio podemos conseguir de estos materiales y cualquier conclusión apoyada en ellos sobre, por ejemplo, presencia o no de cultivos en el interior de la ciudad, nos parece arriesgada.

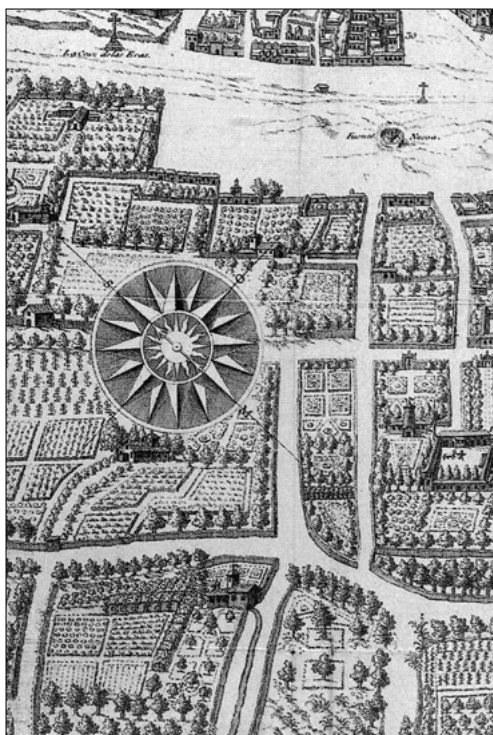
Un segundo bloque lo constituyen los dibujos, igualmente anteriores a la expulsión de los moriscos, de mayor fidelidad al motivo de la ciudad. Quizá los más conocidos sean los grabados de Hoefnagle para la obra de Braun y Hogenberg *Civitatis Orvis Terrarum*, fechados entre 1563 y 1565. Ciertamente no son dibujos ajenos a un proceso de idealización. Como en todos los grabados de esta edición, la ciudad se somete a un ejercicio de adecuación a las normas habituales de representación para este tipo de obras. Aún así el grado de fidelidad es considerable y permite analizar los espacios cultivados y su relación con el paisaje urbano. Ese análisis se refuerza con la lectura de las vistas urbanas que realiza hacia 1567 Anton Van der Wyngaerde, muy coherentes con las anteriores y con la ventaja de que el grado de fidelidad es mucho mayor. Son vistas "topográficamente exactas y con la mayor cantidad de detalle" (Haverkamp-Begermann, 1986, p. 58).

Los materiales de este segundo bloque muestran como la vieja ciudad islámica mantenía en su zona alta una amplia masa de edificaciones junto a las que aparecen salpicadas las nubes verdes de las plantaciones. De la fidelidad de Wyngaerde, mayor que la de Hoefnagle, deducimos que la mayoría de esas plantaciones debían ser árboles frutales. Tal ocurre en la colina de Cartuja, lugar de los cármenes de Aynadamar, una de las ubicaciones de cármenes en época árabe que continúa siéndolo en esta época morisca. Otras zonas con frutales serán las del valle del Darro, cármenes

Granada". Parcial de la panorámica dibujada por Anton Van der Wyngaerde (1567). Corresponde a la zona de Aynadamar, lugar de cármenes desde época árabe. El dibujo delata la presencia de huertos con algunas viviendas.

Granada". Parcial de la panorámica dibujada por Anton Van der Wyngaerde (1567). Corresponde a la zona de Aynadamar, lugar de cármenes desde época árabe. El dibujo delata la presencia de huertos con algunas viviendas.

"Plataforma de Granada".
Grabado de Francisco Heylan y
dibujo de Ambrosio Vico (ca.
1610). Parcial mostrando los
idealizados cultivos, ordenados
geométricamente, de los jardi-
nes y huertos de las afueras de
la ciudad.



de Valparaíso, y las subidas a la Alhambra por la zona del Realejo. También son identificables pequeñas copas agrupadas en algunos puntos del actual Albayzín, testimonio de los huertos que, aunque escasos, se encontraban en él. Es en otras áreas de la ciudad donde podemos ver elevadas copas que pueden identificarse con árboles de sombra: el bosque de la Alhambra y las alamedas del Genil. En cualquier caso estos árboles de sombra, dentro del caso urbano, son más infrecuentes en Wyngaerde que en Hoefnagle, asunto que puede derivarse de la mayor idealización de los trabajos de este último autor.

La falta de detalle en los dibujos impide, más allá de estas apreciaciones globales, diferenciar en las colinas los cultivos ornamentales de los hortícolas. Tan sólo puede establecerse en el Generalife, donde Hoefnagle sitúa una palmera, única que aparece en los materiales que hemos estudiado, y unos cipreses, que Wyngaerde repite en su vista parcial de la colina de la Alhambra⁴. Respecto a la ausencia general de palmeras remitimos a las palabras de García Gómez sobre su infrecuencia en la Granada árabe (1978, pp. 131-135), y señalamos como, por el contrario, se recoge abundantemente la presencia de este elemento vegetal en la Sevilla que se dibuja para el mismo *Civitas*. Respecto a los cipreses debemos puntualizar que su presencia en la ciudad debió ser muy escasa. Su figura sería llamativa en estos dibujos, en los que a lo sumo podría confundirse con la de los chopos piramidales, y no sólo aparecen poco, lo que nos parece significativo, sino que igualmente nunca son citados en las crónicas del XVI que refieren otros muchos cultivos. Incluso en el XVII, cuando Soto de Rojas alude a los cipreses en su poema *Paraíso cerrado para muchos, jardines abiertos para pocos* lo hace no refiriéndose a árboles de crecimiento libre sino a material vegetal

base de ejercicios de recorte, a figuras de topiaria. Seguramente debió haberlos, y algunas líneas de la panorámica de Granada de Wyngaerde podrían interpretarse como tales⁵, pero es indudable que no caracterizaban entonces al paisaje granadino como lo hacen hoy. Llama la atención que uno de los árboles más citados en los textos del XVI sea el cidro, *Citrus medica*, hoy inexistente en los cultivos granadinos (Tito Rojo, 1998, p. 441).

La conclusión que se extrae de estos dibujos anteriores a 1571 es concordante con lo que sabemos por los documentos escritos, la ciudad presenta un núcleo muy edificado, en el que existían pocos huertos y jardines, la mayoría de ellos pervivencia de los que tenían en propiedad los monarcas y la aristocracia nazaríes. Estos huertos y jardines eran más abundantes en los arrabales del límite de la ciudad, los alrededores de la Alhambra, el Realejo, el Albayzín -en su sentido árabe, al norte de la Alcazaba Cadima-, la ribera del Darro, en el viejo Haxaris... Y fuera ya de la urbe, un cinturón de huertos y cármenes de placer, en plena decadencia en este momento del siglo XVI, que rodeaba la ciudad por las colinas, al amor del curso de las acequias.

El Albayzín tras la expulsión de los moriscos en las plataformas sacromontanas

Posteriores a 1571 hay tres plataformas de Granada, global una de hacia 1613, la conocida como *Plataforma de Granada de Ambrosio Vico*, y parciales dos anteriores, aproximadamente de 1596, grabadas con los títulos *Plataforma de la ciudad de Granada hasta el monte de Valparaíso* y *Descripción del Monte Sacro de Valparaíso*. Aportan datos muy diferentes una y otras. La primera es útil para ubicar los cultivos y diferenciar las zonas que los acogen de las zonas edificadas, sin embargo su fijación a las normas de representación de este tipo de plataformas urbanas impide pensar que las tipologías jardineras y hortícolas en ella recogidas puedan corresponder a la estricta forma que tuvieron. En nuestra opinión la *Plataforma de Vico* tiene la intención de dar la imagen de la ciudad como ciudad de jardines y ello se plasma en una fuerte idealización de los espacios cultivados de la ciudad, que aparecen allí ordenados en cuadros, centrados por paseos, rodeados de simétricas pérgolas, enmarcados en setos, en una perfección geométrica que contrasta con todo lo que nos dice el resto de los documentos gráficos anteriores y posteriores a ella.

Por contra las dos plataformas de 1596, parciales de Valparaíso, muestran un desorden en los cultivos de los huertos, que sólo atienden a la disciplina de las terrazas que necesariamente tenían por la fuerte pendiente donde se instalaban. De nuestro análisis de los huertos y cármenes de estos dos dibujos se desprende la permanencia en ellos de elementos de disfrute en el huerto que los sitúan como herederos del uso de retiro placentero que tuvieron en época árabe. Los paseos entre los cultivos de frutales y hortalizas

discurrir bajo emparrados, los estanques están acompañados de macetas, hay macetas también, como todavía es frecuente ver en el Albayzín, sobre los poyetes que coronan los muros de contención de las terrazas, hay incluso pérgolas ornamentadas, no con los pilares de obra sino sujetas por columnas de piedra sobre un murete, hay fuentes en patios, en los huertos y cerca de las casas. Se trata de huertos de labor, fincas productivas, ciertamente, pero con artificios que buscan el placer del propietario. No podemos apreciar, acaso porque la decadencia de estas fincas ya los había eliminado, acaso porque la lejanía del dibujo no permite detallarlos, los grandes artificios que nos relatan los textos andalusíes, los pabellones ormanentados, las estatuas, los grandes estanques con pabellones en el centro, tampoco los recortes vegetales a que tanto aprecio tenían los nazaríes -mesas, animales, setos-. No podemos dejar de señalar como, en contraste con la de Vico, estas plataformas dibujan en los edificios un tono orientalizante que resulta insólito en los grabados granadinos, casas y torres rematadas con cúpulas y tejados en cono, arcos, tapias rodeando los cármenes con entradas fortificadas con portales almenados, que nos recuerdan la permanente protección de los cultivos que caracterizaba el mundo andalusí (e islámico en general).

Más que la *Plataforma de Vico*, estos grabados muestran la decadencia de la ciudad árabe, uno de ellos, la *Plataforma de Valparaíso*, alcanza parte del Albayzín, una amplia banda al este del barrio desde la Cuesta del Chapiz hasta la Puerta de Fajalauza. Hay allí dibujadas ruinas, solares, algún huerto rodeado de tapias, signos de la crisis urbana que sufrió la zona tras la expulsión de los moriscos.

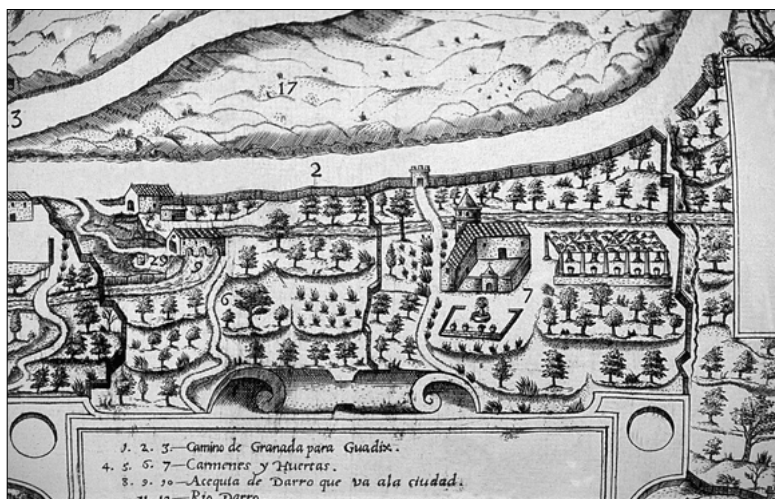
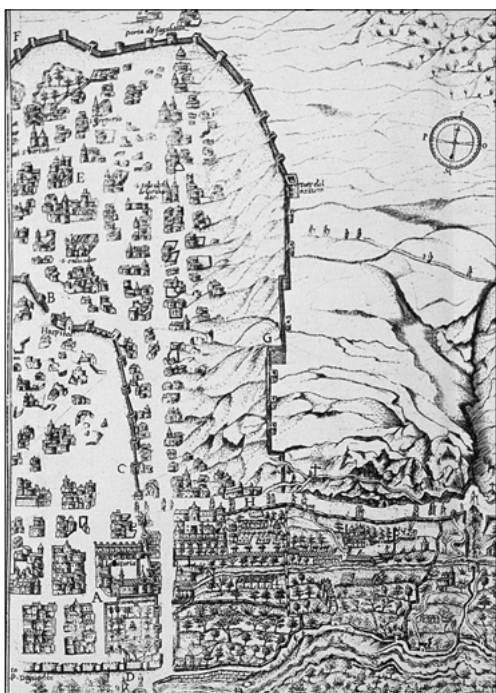
Este bloque de plataformas se coloca a pocos años del formado por los dibujos del *Civitas* y de Van der

Wyngaerde. Ese tiempo escaso marca sin embargo el núcleo de la transición de los cármenes desde el exterior de la ciudad a su interior. Partía esta transición de la existencia ya en época árabe de algunas huertas y jardines urbanos, se inicia en los primeros momentos de la conquista, cuando comienza el abandono de muchos cultivos y casas por los vencidos, y encuentra su punto nodal cuando la definitiva expulsión deja los barrios de mayoría de población morisca absolutamente abandonados. La transición no acabará aquí, sino que se prolonga hasta los comienzos del siglo XX momento en que los cármenes del Albayzín comenzarán a caracterizar su paisaje. Es lo que veremos en los apartados siguientes.

El paisaje del Albayzín en esta época estaba pues marcado por la presencia de casas, ruinas, zonas de solares producto del abandono y huertos. Estos huertos serían algunos de gran tamaño, los derivados de las antiguas propiedades de la aristocracia nazarí, y otros más pequeños, producto de la naciente ruralización de antiguos terrenos edificados, ya solares. Los más ordenados de esos huertos se concentrarían en la zona alta, en los alrededores de los palacios de la Alcazaba Cadima, ya huertos del convento de Santa Isabel la Real y del Hospital de la Tiña, y en la zona baja y oriental del barrio, la zona de Haxaris y el encuentro con la colina de Valparaíso, donde se encontraban las huertas de los cármenes de Darro y las grandes huertas de la Moraima junto al Convento de la Victoria. Además una creciente porción de suelo inculto y abandonado, lugar donde coexistirían la vegetación autóctona de carácter invasor, con vegetales escapados de cultivos cercanos -higueras, almeces,...- a los que pronto se unirían plantas asilvestradas de procedencia americana, pitas y chumberas, que serían siglos más tarde elemento de paisaje -no lo olvidemos, producto del abandono- ligados a la colina del Albayzín como todavía lo son del Sacromonte. Con los datos que se desprenden de estas imágenes, corroborados por lo que nos dicen los documentos escritos, debemos descartar la presencia importante de elementos de paisaje ligados a cultivos ornamentales, que aunque existirían serían sin duda escasos.

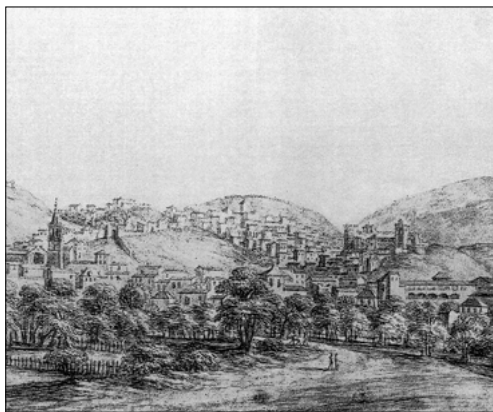
"Plataforma de la ciudad de Granada hasta el monte de Valparaíso". Grabado de Alberto Fernández sobre dibujo anónimo (1596). Museo de la Abadía del Sacromonte. Parcial mostrando el paisaje del Albayzín, con ruinas y solares producto de la expulsión de los moriscos. En el límite inferior los cármenes del Darro, entre ellos el de las Casas del Chapiz.

"Descripción del Monte Sacro de Valparaíso". Grabado de Alberto Fernández sobre dibujo anónimo (1596). Museo de la Abadía del Sacromonte. Detalle de los cármenes del Darro. Huertos desordenados de frutales y hortalizas con elementos de ornato, pérgolas, fuentes, macetas... Frente a la idealizada "Plataforma de Vico", la imagen de estos cármenes parece más fiel a la realidad del territorio.



"Granada". Dibujo de Pier María Baldi (diciembre de 1668). Detalle del Albayzín. Casas sin vegetación y solares. Tan sólo en las afueras, sobre la Puerta Monaita, a la izquierda de la imagen, aparecen copas de árboles.

"Granada". Dibujo de Pier María Baldi (diciembre de 1668). Detalle de la zona de Aynadamar-Cartuja. En la fecha del dibujo aún permanecían los cármenes de este pago. Como novedad las inconfundibles verticales de los cipreses indican su incorporación a los cármenes, signo del uso ornamental de parte de sus cultivos.



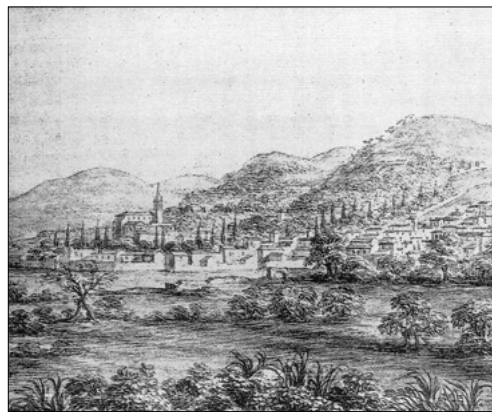
Un apunte en la transición: la panorámica de Pier María Baldi

La profunda decadencia de los siglos XVII y XVIII, que afectó a Granada de forma aún más profunda que al resto de la Península, irá acompañada de una menor presencia de imágenes del paisaje granadino. Lamentablemente la producción pictórica de la Granada de la época no nos ofrece más que contados ejemplos útiles para nuestro estudio. Entre ellos dos cuadros de Juan de Sabis, uno de la Alhambra y cármenes del Darro y otro de la ribera del Genil, y el cuadro anónimo que dibuja el tajo de San Pedro, no hacen sino corroborar las apreciaciones realizadas con anterioridad.

Más interés tiene para nosotros la panorámica urbana que en diciembre de 1668 dibuja Pier María Baldi, el pintor que acompañaba a Cosimo de Medicis en su viaje a España (Sánchez Rivero y Mariutti de Sánchez Rivero, s/d). Como en el caso de Wyngaerde se trata de un dibujo que no trata de realizar una apología, sino de ser un fiel reflejo de la realidad. Como en todas las obras de creación esa "fidelidad" se somete a la mirada del autor, que en este caso pone el acento en los aspectos más pintorescos del paisaje.

La importancia del dibujo de Baldi consiste en que su punto de vista, en un lugar situado al oeste de la ciudad, permite contemplar la secuencia completa de las colinas históricas, desde Cartuja al Barranco del Abogado. Incluye pues tres zonas de importancia para conocer la transición de los huertos y sus repercusiones paisajísticas, Cartuja-Aynadamar, es decir los pagos que habían sido de cármenes en la época árabo-morisca, el Albayzín, que será la zona de cármenes por excelencia en el siglo XIX-XX, y el Mauror-Realejo.

Atendiendo a la primera llama la atención la aparición por primera vez en el paisaje granadino del ciprés como elemento de paisaje indicador de la presencia de cultivos ornamentales o, lo que a efectos de nuestro estudio viene a ser casi lo mismo, de huertos ornamentados. Una masa importante de cipreses verticales se sitúa en la zona de Aynadamar. La deducción que podemos hacer es doble, de un lado, la permanencia en esta colina de cármenes, de otro la incorporación del ciprés como elemento or-



namental destacado en algunos de ellos. La distribución del ciprés en la colina de Aynadamar es irregular, concentrándose en la zona baja, junto al Monasterio de la Cartuja, y en una banda longitudinal junto al barranco de la Cuesta de Lebrija, donde estuvo el carmen del gramático. El resto de la vegetación se dibuja con bajas copas que podemos asimilar a frutales, incluyendo en ellos los olivos, que en cualquier caso serían cultivos de regadío, pues el paso de la acequia lo permitía y la concentración vegetal que muestra el dibujo lo delata.

Por contra la colina del Albayzín carece de este elemento. El punto de vista del dibujo prima las inclinadas laderas que bajan hacia San Ildefonso y Elvira, zonas que aparecen despobladas, como en parte se mantienen en la actualidad. La zona del barrio correspondiente al barranco del Darro aparece densamente edificada y sólo muestra vegetación en las alturas de Puerta Monaita, en la ubicación del futuro Carmen de las Maravillas y de las huertas de Daralhorra-Santa Isabel la Real.

El Mauror, bajo Torres Bermejas, aparece, como en Wyngaerde despoblado, y tras él la zona de Antequeruela-Realejo, densamente edificada con cultivos en su zona baja. El límite de la ciudad y la vega, lo correspondiente a las huertas de Faragüi, muestra parcelas de cultivo separadas por cercas rústicas de madera, tras las cuales se adivinan las tapias de las huertas de los conventos, las mismas que dibujaban Hoefnagle y Wyngaerde protegiendo los cultivos de los huertos. Una casería con un pozo es el detalle pintoresco con que Baldi cierra por el sur su panorámica.

Este dibujo de Baldi marca pues un punto medio en la evolución del paisaje urbano, caracterizado por la permanencia de los cultivos en las zonas tradicionales de cármenes, por el inicio del ciprés como su elemento ornamental más característico y por la incorporación, aún escasa, de cármenes al interior del caso urbano.

El paisaje del Albayzín en las fotografías del XIX y XX

El siglo XVIII viene marcado por el avance de la ruralización del Albayzín. Continúa la decadencia urbana del

barrio que, en el marco de la decadencia general de España, no se recupera de la sangría poblacional que supuso la expulsión de los moriscos (Sánchez Montes González, 1989, p. 49). La entrada de los (huertos)cármenes en el barrio se constata en numerosos documentos y es ya patente en 1752, momento en que el Catastro de la Ensenada permite conocer de manera global el alcance del fenómeno. En el cuadernillo de “casas” conservado del Albayzín, perteneciente a una zona fronteriza a media colina, de los 305 asientos recogidos, 39 aparecen reseñados como casas con huertos o jardines (Tito Rojo y Casares Porcel, 1999). Aún en el siglo XIX el proceso conocería un nuevo empuje pues el proceso desamortizador supuso el paso de muchos terrenos de la iglesia a cármenes, bien por demolición de edificios, conventos sobre todo, bien por paso a manos privadas de casas, cármenes y huertos en dimensiones que aún han sido escasamente valoradas (Gómez Oliver, 1983, p. 104).

Aunque existen algunos cuadros y grabados realizados en el siglo XVIII y comienzos del XIX que sirven para marcar pasos intermedios en la secuencia de transformación del paisaje urbano granadino⁶, será la aparición de la fotografía la que marque un punto de inflexión en nuestro análisis. No se trata ya de imágenes en que la sensibilidad del artista marca los puntos de interés, resaltando o no determinados aspectos del motivo, eliminando o incluyendo elementos para que el resultado sea fiel, no a la realidad dibujada sino al concepto que de ella tiene el autor, a lo que quiere comunicar. Aunque la fotografía colmuga con estos determinantes y no es neutra la elección del encuadre, lo que se incluye o no, incluso lo que se retoca o se recorta, es indudable que lo que aparece en las tomas goza de una objetividad de la que el dibujo carece.

La aparición de la fotografía coincide felizmente en Granada con la fama de la ciudad en el romanticismo europeo. Facilita ello que exista un abundante cuerpo de fotos que permite seguir paso a paso la transformación del paisaje de la mano de la evolución de los espacios cultivados. Por otra parte coincide también con el momento en que la ciudad comienza a recuperarse del largo periodo de crisis económica y demográfica que inició en el XVI. Momento en que el proceso de *ruralización* de los barrios históricos se detiene y se sustituye por un proceso de *urbanización*.

Las secuencias fotográficas conocen una evolución de puntos de vista y de intención. A lo largo del XIX se produce la sustitución paulatina de los viejos puntos de vista de los grabados y dibujos anteriores, ubicados en un arco que recorre los límites de la urbe con la vega, por puntos situados en los altos de la ciudad y de forma cada vez más exclusiva, en los miradores de los palacios nazaríes. Las vistas fotográficas de la colina del Albayzín tomadas desde la Alhambra o el Generalife, estaciones privilegiadas que se inauguran con la panorámica de Guesdon (dibujo realizado casi con seguridad con base fotográfica de Charles Clifford) y se prolongan en las

obras de Masson, Clifford, Laurent, Seán, Ayola, Hausser y Menet y un largo etcétera, serán sin duda las más habituales⁷. A fines del XIX coexistirán con amplias panorámicas apaisadas que retoman algunos puntos de vista consolidados en el grabado romántico, el valle del Genil tomado desde el barranco de la Zorra, el límite sur de la ciudad tomado desde las abiertas plazas de Puerta Real o Mariana y, sobre todo, la colina de la Alhambra vista desde el Albaicín. Con ellas coexisten, en un proceso de investigación de puntos de vista panorámicos, todas las alturas de la ciudad, las torres de las iglesias, las terrazas de los nuevos edificios, los miradores de las empinadas cuestas de los barrios de las colinas.

Permiten esas secuencias fotográficas seguir punto por punto el proceso de urbanización de los barrios. Aunque nos centraremos en las imágenes del Albayzín, la mayor parte de las conclusiones serían válidas para la Churra, el Mauror, la Antequeruela o los barrancos del Genil, incluida su margen izquierda, el pequeño barrio de cármenes que cercaba las calles que subían a las ermitas de San Antón Viejo y Santo Sepulcro.



Las más antiguas imágenes fotográficas del Albayzín, entre 1850 y 1870, nos muestran un barrio desolado y ruralizado, en el que apenas había comenzado el proceso de recuperación. Casas pequeñas y pobres, huertos descuidados, derrubios y solares sin aterrizar, algunos de ellos mostrando apenas restos de antiguos aterrazamientos, resultantes de antiguos cultivos abandonados o de la demolición de casas escalonadas. Son escasos los cármenes donde podemos detectar elementos resultantes de ajardinamientos. Con independencia de que algunos de los huertos visibles en las panorámicas tuvieran elementos de ornato que la fotografía difícilmente muestra en la distancia, fuentes, pérgolas entre vegetación, estatuas. En algún caso sí se perciben entre la maleza, así el Carmen de la Victoria que se observa en la panorámica de Masson sobre las ruinas del Convento deja entrever, semiocultos por el follaje, pilares carmeneros para sostener parrales, como los que se

“Granada. El Albaicín”. Tarjeta postal de finales del siglo XIX. El barrio aún no se ha recuperado de la sangría demográfica que fue la expulsión de los moriscos. Hay amplios solares. Los cármenes son aquí huertos de frutales en los que aún no se ha incorporado el ciprés como elemento de paisaje.

dibujaban en las plataformas sacromontanas y como los que se ven en alguna fotografía del cambio de siglo en los cármenes del Darro. Sí hay rasgos de ornamentación vegetal que pueden detectarse en una panorámica. Los altos árboles de sombra y los cipreses entre ellos. Unos y otros son escasísimos en estas panorámicas más antiguas.

El caso del ciprés es especialmente interesante. Estaba por convertirse en el árbol emblemático de la ciudad, cosa que ya ocurre, de forma indudable a finales de este siglo XIX y principios del siguiente. Su aumento en el Albayzín será espectacular a todo lo largo de la segunda mitad del XIX. Ya en las décadas del 50 al 70 es visible algún ciprés, suele tratarse de viejos ejemplares, algunos sin duda centenarios, que sobresalen en las panorámicas con su característica silueta de vejez, un tronco recto desnudo sobre el que descuella una minúscula y delgada copa. En otro lugar hemos estudiado como desde antes del siglo XIX es moda granadina el uso del ciprés como material vegetal para formar esculturas de vocación arquitectónica, columnas, rematadas o no por adornos, arcos, pasillos arqueados y, estilísticamente la más interesante, las denominadas por nosotros *bailarinas*, enfáticas gloriets formadas en cruces de caminos, por lo general alrededor de una fuente baja arabizante, con cipreses unidos arriba en una cúpula de nervios y encajes formada por la ramificación de los propios árboles (Tito Rojo y Casares Porcel, 1998).

Al mismo tiempo que desaparece esa moda pasajera pero intensa, el ciprés, ya como árbol de crecimiento libre, comienza a caracterizar el paisaje granadino. Su uso estaba unido a la ornamentación de los cármenes, ya lo vimos en el dibujo de Baldi en la zona de Aynadamar. Su aumento en el Albayzín sirve de indicador de un proceso de ajardinamiento de los huertos.

Los cármenes habían entrado en la ciudad conforme sus pobladores árabes, mudéjares y moriscos la abandonaban, sobre todo tras la expulsión de los últimos. Su entrada fue como huertos, signo de la decadencia urbana y la consiguiente ruralización, signo pues del paso de suelo construido a suelo agrícola. Los cármenes que eran ajardinados en ese momento tenían un componente de "villa suburbana", lugar "agrícola" de placer en lo que ya no podía considerarse propiamente ciudad, sino cercanía de la ciudad.

El proceso que advertimos en la secuencia de fotos del Albayzín del siglo XIX es el contrario, en los solares empiezan a aparecer casas, disminuyen los terrenos incultos, y crecen cuidados huertos, los nuevos cármenes. Estos cármenes del XIX son cada vez más jardines, perdiendo paulatinamente su uso como explotación agrícola para pasar a ser huertos de primor cuya variada cosecha es sobre todo despena de la familia propietaria.

El proceso de urbanización del Albayzín se produce con algunas características que son importantes para el futuro de los cármenes:

Primero, es un proceso lento. La pervivencia de solares incultos ha llegado incluso hasta la actualidad, por lo general restringida a los taludes más intensos, la zona bajo el carril de la Lona, la franja bajo el Carmen de San Agustín, recientemente ajardinada. Al no ser un proceso rápido la presión urbanizadora sobre los huertos-cármenes no fue muy intensa. En realidad el Albayzín nunca gozó a ojos de los granadinos, entendiéndose desde la entrada de los cristianos en 1492, del predicamento de la ciudad llana, y el proceso se traducía en un equilibrio dinámico entre construcción de casas sobre huertos y demolición de casas para construir huertos o jardines. En un carmen estudiado por nosotros, el Carmen de la Victoria, se produce, aún hacia 1906, la adquisición de casas para derruirlas y hacer terrazas de cultivo (Tito Rojo y Casares Porcel, 1999), en un proceso similar al que usaba Soto de Rojas en su carmen del siglo XVII. Evidentemente ese equilibrio dinámico se rompe cuando las actuales condiciones del mercado del suelo hacen que el paso de vivienda a huerto-jardín sea prácticamente imposible.

Segundo, la urbanización ocurre simultánea a la aparición del mito del carmen en la ciudad como uno más de los ingredientes del pensamiento romántico. Es a mediados del XIX cuando comienza a aparecer el amor por el pasado árabe granadino, símbolo más del surgimiento de una burguesía ligada al fugaz crecimiento económico de la segunda mitad del XIX. Junto a la Alhambra, el carmen, y de su mano el ciprés, se convierte en referente de lo granadino. Es el momento en que sectores ilustrados de la sociedad local, artistas, escritores, músicos, ocupan cármenes en el Albaicín, Alhambra y Mauror; en muchas ocasiones para situar allí la sede de las tertulias de sus círculos. A lo largo del tiempo, Fernández González, Nicolás María López, Afán de Ribera, Ronconi, miembros de *La Cuerda*, Seco de Lucena, Torres Molina, García Carrillo, Morcillo, Gómez Moreno, Manuel de Falla. También por representantes de la burguesía ilustrada, los Calderón de los Mártires o la familia Rodríguez-Acosta, que ha sido propietaria de los mayores cármenes de la Granada en este siglo. Aún hoy para muchos intelectuales y profesionales de la ciudad tener (vivir-vivir a veces) un carmen es algo apetecido. En ocasiones reivindicación de un modo de vida, en ocasiones denotación de un *status* social.

Esos dos factores, la debilidad del proceso urbanizador y el mito romántico de los cármenes, evitó su desaparición de los barrios históricos de la ciudad, antes de que normativas municipales protegieran allí la presencia de espacios verdes en las fincas. Pero ciertamente el proceso "urbanizador" no se detuvo a las puertas de los cármenes. Dentro de ellos el proceso continuó manifestándose en la sustitución de huertos por jardines. A finales del siglo XIX los viejos *cármenes-villa-suburbana* habían pasado a ser nuevos *cármenes-jardín-urbano*. De la misma manera sus formas jardinerías pasaban de ser *rurales* a ser *ruralizantes*. Los cármenes anteriores a este proceso cuando conocían ajardinamientos los hacían de acuerdo con las modas dominantes del momento, sometidas por lo general al

peso de la tradición y a la permanencia de hábitos locales de cultivo. El regionalismo jardinero granadino (re)inventa todo un catálogo de formas que se pretenden a un tiempo herederas de lo árabe y de aspecto rural. Ese nuevo carmen ruralizante del regionalismo, que coexiste durante un tiempo con los huertos y cármenes *realmente* rurales, se erige rápidamente como criterio de autenticidad para los cármenes del futuro. En numerosas ocasiones el fenómeno se manifiesta como contradicción entre los diferentes espacios dentro de un mismo carmen. La característica partición del espacio de los cármenes, derivada de su origen como agrupación de parcelas y de su sometimiento a los dictados de las cotas del terreno y el riego, permite que el nuevo ajardinamiento en clave regionalista de algunas partes del jardín se realice manteniendo en otras los huertos preexistentes. Por otra parte el regionalismo, ya a principios del XX, coincide con el abandono de artificios retóricos jardineros que habían sido típicos del romanticismo carmenero, así los adornos de caña de tradición hortícola y árabe (¿marroquí?) dan paso a barandas de hierro, los setos de mirto a setos de boj, y las emblemáticas *bailarinas* de ciprés, que dibujó tantas veces Rusiñol, dan paso a las habitaciones vegetales de paredes rectas y a cenadores de hierro con trepadoras.

Lo *rural*, huertos de frutales, bancales de hortalizas, taludes con chumberas, pérgolas de troncos rústicos, macetas de tipo popular, encañados, vegetales tradicionales, empedrados, pilares, glorietas, da paso a lo *ruralizante*, la imitación -normalmente en clave más refinada- de los elementos anteriores. El huerto y el huerto ajardinado dan paso al jardín, que a veces conservará restos de su pasado hortícola (los frutales, por ejemplo).

De todo este proceso nos da puntual cuenta la fotografía. De las primeras fases casi exclusivamente con imágenes panorámicas, que debemos complementar con la abundante presencia de pinturas locales para imaginar como era su interior, aunque su validez como referencia requiera consideración distinta. De las etapas finales contamos ya con buenas fotografías del interior de los cármenes. Aunque no es el único, será el fotógrafo granadino Torres Molina el más puntual cronista de ese momento. A lo largo de los años veinte y treinta de este siglo realiza extraordinarias fotografías de los jardines privados granadinos. El importante papel que juega el carmen en el pensamiento dominante de la burguesía local tiene su reflejo en la continua publicación de fotografías de cármenes de Torres Molina en la prensa gráfica local (y nacional). Son los cármenes del regionalismo lo que vemos en ellas. Esa imagen de los jardines granadinos es la que tardíamente recoge, y canoniza, Francisco Prieto-Moreno en su libro *Jardines de Granada*, cuya edición de 1952 se acompaña no por casualidad de fotografías de Torres Molina. A partir de ese momento los cármenes anteriores al regionalismo, como es el caso de los Mártires, o los que no se someten a las normas estéticas del regionalismo, como es el caso del Carmen Blanco del pintor Rodríguez-Acosta, se convierten en rarezas de las que se llega a discutir incluso su carácter de carmen.



Carmen granadino". José María Rodríguez Acosta (1897). El regionalismo pone sus ojos en el carmen como elemento característico local. En este cuadro se recoge todo un catálogo de componentes de los huertos albaicineros, la alberca, los frutales, los encañados, las macetas, sin olvidar la pobreza de la fábrica y la incorporación del ciprés que sobresale de las tapias.

Sin que nos atrevamos a apuntar que el momento actual es la fase final del proceso -y hay serios (y preocupantes indicios) de que no lo es-, ciertamente se puede dar por terminado el proceso urbanizador del Albayzín y sus cármenes y ya sólo con carácter testimonial podemos encontrar huertos y jardines que conserven formas jardineras antiguas⁸, cosa lógica por ser los pequeños jardines domésticos objetos en continua transformación y cuya conservación escapa a cualquier tipo de normativas.

No quisiéramos pasar por alto otro aspecto paisajístico importante. El diálogo de la colina de casas y jardines del Albayzín no se establece exclusivamente con la Alhambra que domina la colina de enfrente. También se hace con la falda de esa colina en que existe un idéntico paisaje de casas y jardines. La actual polémica urbanística por la moderna edificación del Rey Chico está creando en la ciudad una tendencia a pensar la colina de la Alhambra, en la porción frente al Paseo de los Tristes, como lugar de bosque. En nuestra opinión el conjunto paisajístico formado por la colina del Albayzín y la de la Alhambra necesita en la falda de esta última la presencia de viviendas y cultivos carmeneros. La desaparición de los cármenes del Granadillo y de la Fuente, a la que se une la reciente caída de la casa junto al puente de las Chirimías, significa un empobrecimiento de ese conjunto paisajístico y una pérdida de su valor histórico. A ese empobrecimiento colabora la inadecuada edificación del hotel abandonado, sin entrar a debatir la adecuación del actual edificio del Rey Chico que optó como línea de diseño por dialogar con las cotas de las terrazas de la zona y no con las edificaciones de los cármenes de la ladera.

[Huerto del Albaicín]. Torres Molina (a. 1924). Torres Molina durante prácticamente todo el siglo XX prestó atención al carmen. En gran medida la imagen que de él se hacían los granadinos se debe a sus fotografías, publicadas en numerosas revistas locales y nacionales.



Conclusiones

La intención de estas líneas era seguir el proceso formador de un paisaje por medio de las imágenes, contrastadas con lo que nos dicen los documentos escritos. Creemos haber demostrado que el paisaje urbano granadino no es un producto estático sino el resultado de un complejo proceso evolutivo en el que ha habido avances y retrocesos y en el que han intervenido factores tan diversos como las guerras, la demografía, las modas jardineras o las ideologías locales. Saber que su forma actual es reciente no le quita valor, sino que convierte al paisaje de las colinas granadinas en un producto riquísimo, singular e irrepetible, que condensa el pasado de sus barrios históricos. Su defensa es por tanto la defensa de la memoria de la ciudad, impedir que desaparezca es conservar la posibilidad de renacer su propia historia.

No se nos oculta que ese paisaje que depende de minúsculos espacios domésticos es extremadamente frágil. Máxime cuando desde hace décadas han desaparecido los factores de continuidad que unían los cármenes actuales y los cármenes del pasado, que eran, en resumen, los hábitos de cultivo herederos de la tradición hortelana-agrícola, que tenían los viejos jardineros de los cármenes y no tienen ya los jóvenes jardineros formados en los programas de las escuelas de jardinería, y los sistemas de riego tradicionales, que se mantuvieron desde época (al menos) árabe y que han dejado de funcionar en el Albaicín tras la lamentable pérdida de la acequia de Ainadamar.

La desaparición de esos factores hace que los viejos artificios jardineros, entre ellos los estanques, los setos, la división del espacio en cuadros, los caballos hortelanos, los arbustos y vivaces sobre el suelo, permitan el paso a los espacios sin dividir, el suelo recto y las praderas de césped. La permanencia de las viejas formas ya no dependerá de su ligazón a tecnologías de cultivo sino a la voluntad de los propietarios de los cármenes por mantenerlas.

En ese sentido la conservación de estos espacios verdes de primor y el paisaje que configuran está seriamente comprometida. Ninguna política administrativa, ni siquiera la máxima figura de protección como es la declaración de un carmen como jardín histórico-artístico, hoy "bien de interés cultural", puede ser garantía del mantenimiento de las formas en múltiples espacios domésticos privados.

Desaparecidos los factores objetivos que aseguraban la pervivencia de los cármenes y del paisaje del Albaicín, su futuro sólo puede salvaguardarse por unos nuevos factores subjetivos: la voluntad general de la comunidad de no perderlos y la voluntad particular de sus propietarios de no dejar que desaparezca un modo de vida, de no renunciar al disfrute de poseer una herencia centenaria que, aún en los cármenes más humildes, es siempre singular e insustituible.

Bibliografía

BOSQUE MAUREL, JOAQUÍN. 1962. *Geografía urbana de Granada*. Edt. CSIC. Zaragoza. [Edt. facsímil Universidad de Granada. Granada. 1988].

DEBIÉ, FRANCK. 1992. *Jardins de capitales. Une géographie des parcs et jardins publics de Paris, Londres, Vienne et Berlin*. Edt. du CNRS, Paris.

Dictamen de la Excm. Comisión permanente y fallo del Ilmo. Sr. Gobernador civil de esta provincia... sobre uso y aprovechamiento de las aguas de la Fuente Grande de Alfácar, los lunes de todo el año. 1879. Imprenta y librería de Don Jerónimo Alonso. Granada.

Dossier informativo sobre la Comunidad de Regantes y Usuarios de la acequia de Aynadamar. S/d [ca. 1990]. Edt. Comunidad de Regantes y Usuarios de la acequia de Aynadamar. Granada.

Ejecutorias ganadas por los propietarios y vecinos de los barrios del Albaicín y la Alcazaba para el uso y aprovechamiento de las aguas

de la Fuente Grande de Alfácar. 1877. Imprenta de D. Francisco de los Reyes. Granada.

GALLEGO BURÍN, ANTONIO. 1961. Granada. Guía artística e histórica de la ciudad. Fundación Rodríguez-Acosta. Madrid.

GALLEGO ROCA, JAVIER. 1996. "La Restauración Arquitectónica y los colores de Granada". En Francisco Javier Gallego Roca (ed.), *Revestimiento y color en la Arquitectura*, Edt. Universidad de Granada. Granada, pp. 219-243.

GARCÍA GÓMEZ, EMILIO. 1978. *Silla del moro y nuevas escenas andaluzas*. Fundación Rodríguez-Acosta. Granada.

GARRIDO ATIENZA, MIGUEL. 1893. *Dictamen sobre derechos en las aguas del río Darro*. Edt. Excmo. Ayuntamiento de Granada. Granada.

GARRIDO ATIENZA, MIGUEL. 1902. *Las aguas del Albaicín y la Alcazaba*. Edt. Imprenta moderna. Granada.

GÓMEZ OLIVER, MIGUEL. 1983. *La desamortización de Mendiábal en Granada*. Edt. Excm. Diputación de Granada. Granada.

HAVERKAMP-BEGERMANN, EGBERT. 1986. "Las vistas españolas de Anton Van der Wyngaerde". En *Ciudades del Siglo de Oro. Las vistas españolas de Anton Van der Wyngaerde*. Richard L. Kagan (ed.), Edt. El Viso. Madrid.

JIMÉNEZ ROMERO, CESÁREO. 1990. *La acequia de Aynadamar en los siglos XV y XVI*. Edt. Granada Histórica y Cultural. Granada.

KAGAN, RICHARD L. 1986. *Ciudades del Siglo de Oro. Las vistas españolas de Anton Van der Wyngaerde*. Richard L. Kagan (ed.). Edt. El Viso. Madrid.

LE DANTEC, JEAN PIERRE. 1996. *Jardins et paysages*. Edt. Larousse, Paris.

LUQUE MORENO, JESÚS. 1994. *Granada en el siglo XVI. Juan de Vilches y otros testimonios de la época*. Edt. Universidad de Granada. Granada.

MARQUÉS GARCÉS, EUGENIO. 1989. *Metodología para una evaluación de las alteraciones en la silueta de una ciudad monumental, el caso de Granada*. Tesis doctoral inédita, Universidad de Granada.

MUMFORD, LEWIS. 1965. "Paysage naturel et paysage urbain". En *Françoise Choay, L'Urbanisme, utopies et réalités*, Edt. Le Seuil, Paris. [Edt. original: "Landscape and Townscape", *Landscape*, 1960].

MÜNZER, JERÓNIMO. 1924. "Viaje por España y Portugal en los años 1494 y 1495". *Boletín de la Real Academia de la Historia*. 84:32-119. [Texto latino original publicado en Luque Moreno, 1994, pp. 199-216].

Noticias de los derechos que tienen los propietarios y vecinos de Aynadamar, Manflor, Albaicín y Alcazaba, al uso y aprovechamiento del agua de la Fuente Grande de Alfácar. 1876. Imprenta y librería de don Jerónimo Alonso. Granada.

PIÑAR SAMOS, JAVIER. 1997. *Fotografía y fotógrafos en la Granada del siglo XIX*. Ayuntamiento de Granada. Granada.

PRIETO-MORENO, FRANCISCO. 1952. *Los jardines de Granada*. Edt. Cigüeña. Madrid.

SÁNCHEZ-MONTES GONZÁLEZ, FRANCISCO. 1989. *La población granadina del siglo XVII*. Universidad de Granada. Granada.

SÁNCHEZ RIVERO, ÁNGEL y MARIUTTI DE SÁNCHEZ RIVERO, ÁNGELA. S.d. [ca. 1934]. *Viaje de Cosme de Médicis por España y Portugal (1668-1669)*. Edt. Junta para Ampliación de Estudios. Madrid.

SECO DE LUCENA PAREDES, LUIS. 1975. *La Granada nazarí del siglo XV*. Edt. Patronato de la Alhambra. Granada.

SOTO DE ROJAS, PEDRO. 1652. *Paraíso cerrado para muchos, jardines abiertos para pocos*. Imprenta de Baltasar de Bolibar. Granada [Edición facsímil Edt. Azur, Madrid, 1984].

TITO ROJO, JOSÉ. 1997. *Restauración en Arquitectura del Paisaje. Ensayo metodológico aplicado al Carmen de los Mártires y otros jardines granadinos del siglo XIX*. Tesis doctoral inédita. Universidad de Granada. Granada.

TITO ROJO, JOSÉ. 1998. "Permanencia y cambio en los jardines de la Granada morisca (1492-1571). Los cármenes y el paisaje urbano". En *Felipe II, el Rey íntimo. Jardín y Naturaleza en el siglo XVI*. Edt. Sociedad Estatal para la Conmemoración de los Centenarios de Felipe II y Carlos V. Aranjuez, pp. 421-446.

TITO ROJO, JOSÉ y CASARES PORCEL, MANUEL. 1998. "La bailarina del Generalife y las topiarias arquitectónicas de ciprés en los jardines granadinos del siglo XIX". *Cuadernos de la Alhambra*. (En prensa).

TITO ROJO, JOSÉ y CASARES PORCEL, MANUEL. 1999. *El Carmen de la Victoria. Historia de un jardín regionalista*. Universidad de Granada. (En prensa).

Notas

1. El concepto *ruralización* aplicado al proceso sufrido por el Albayzín tras la expulsión de los moriscos fue desarrollado por nosotros (Tito Rojo, 1997) aunque estaba implícito en el análisis de Bosque Maurel, que caracterizó la tipología de los cármenes que se instalaban en la ciudad en los siglos XVI al XVIII como "semi-rural" y "semi-urbana" (1962, p. 241).
2. Con carácter general la evolución de los cármenes aparece recogida en nuestra tesis doctoral (Tito Rojo, 1997). El punto nodal del proceso, el siglo XVI, es motivo de atención en Tito Rojo, 1998. El otro momento de inflexión, el siglo XIX, se recoge en Tito Rojo y Casares Porcel, 1998, actualmente en prensa. Igualmente en prensa se encuentra una actualización de la primera referencia (Tito Rojo y Casares Porcel, 1999).
3. Sobre los espacios cultivados en el Albayzín y sus derechos de riego son, aún hoy, fundamentales los trabajos que sobre el tema realizó Garrido Atienza (especialmente, 1893 y 1902). Información complementaria ofrecen los diversos pleitos de los regantes de la acequia de Aynadamar en el Albayzín. Impresos que permiten conocer los más importantes de esos espacios cultivados son *Noticias de los derechos que tienen los propietarios y vecinos...* (1876), *Ejecutorias ganadas por los propietarios y vecinos...* (1877), *Dictamen de la Excm. Comisión permanente y fallo...* (1879), *Dossier informativo sobre la Comunidad de Regantes* (s. d.). Una revisión actualizada de gran parte de la documentación sobre el tema de la acequia de Aynadamar y su trazado en el Albayzín se encuentra en Jiménez Romero (1990).
4. Apunte en tiza negra nominado como Viena 320. Cf. Kagan, 1986.
5. Cf. en la panorámica Granada-Viena 36 a la derecha de "17. S. Cristoval par[roquia]".
6. Algunos tan interesantes como las panorámicas parciales dibujadas con motivo de la expedición de Hermosilla, enviado para estudiar la Alhambra por la Real Academia de San Fernando, el dibujillo coloreado que realizó del Albayzín el botánico Simón de Rojas Clemente o la vista lejana, pero de gran detalle, que pinta en el XIX, a finales de la década de los cuarenta, Marius Englière.
7. Sobre la fotografía en la Granada del XIX, cf. Piñar Samos, 1997.
8. Curiosamente, aunque en algunos cármenes albaicineros se conserven huertos, será fuera del núcleo urbano, en el alejado barrio del Fargue, donde permanezcan aún hoy cármenes que continúan siendo huertos de producción discretamente ajardinados. Para mayor interés estos cármenes del Fargue mantienen la ubicación tradicional de época árabe, bajo el cauce de la acequia de Aynadamar.